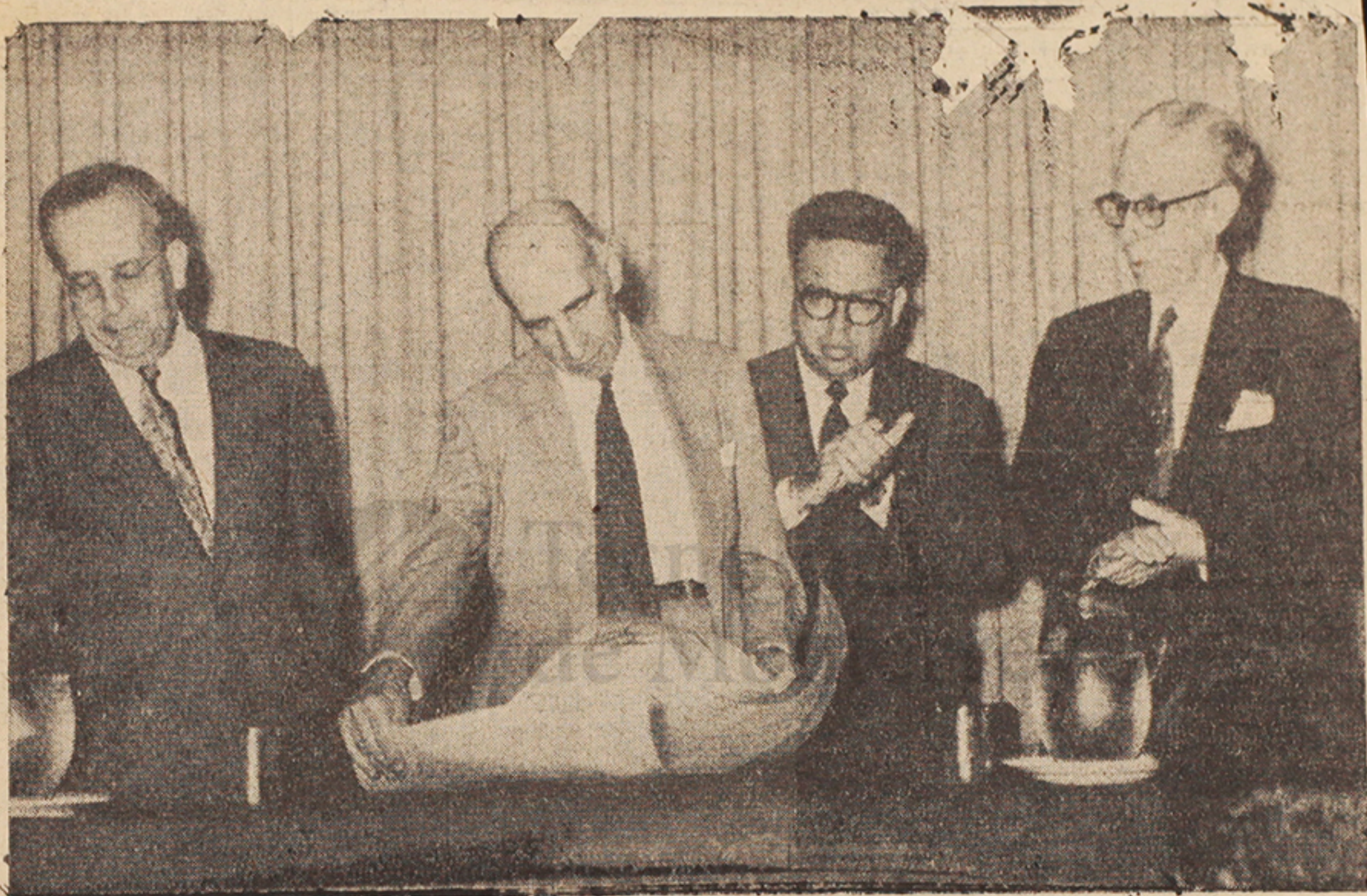


Cálido homenaje de estimación al Arq. don Agustín Basave en el Tecnológico

Mayo 31, 1956 - "El Sol" Monterrey, N.L.



El Arquitecto don Agustín Basave contemplando el pergamino que le otorgó el Consejo Directivo del Tecnológico por la donación de su valiosa colección de autógrafos de personalidades mundiales. Con él en la foto don Eugenio Garza Sada, Ingeniero Víctor Bravo Ahuja y el Licenciado Virgilio Garza.

En concurrido y significativo acto efectuado ayer por la tarde en la biblioteca del Instituto Tecnológico, el arquitecto Agustín Basave recibió emocionado el testimonio de gratitud que le rindieron los directivos del plantel por su valiosa donación que hizo de su colección de autógrafos de personalidades mundiales. El ofrecimiento del homenaje lo hizo el licenciado Virgilio Garza Jr., a nombre del consejo de directores, explicando la gratitud sincera y el reconocimiento eterno para el intelectual tapatío por nacimiento pero regiomontano por adopción, que tuvo el generoso gesto de desprenderse de su valiosa colección de más de mil qui-

nientas piezas, trabajo constante y arduo de más de cuarenta años, para cederlas en ejemplar acto patriótico a la biblioteca del Tecnológico para que allí estén a disposición de investigadores y de la juventud estudiosa de México.

El profesor Pedro Reyes Velázquez mencionó los antecedentes intelectuales del maestro Basave, las distinciones que le han sido conferidas aquí y en el extranjero por sus relevantes méritos cívicos y culturales. El propio homenajeado relató la forma como ha venido coleccionando autógrafos, fotografías y documentos de personalidades mundiales durante cuarenta años, y la satisfacción que experimentaba al cederla al Tecnológico.

El auditorio de la biblioteca del Tecnológico estuvo pletórico y presidieron la ceremonia los señores Eugenio Garza Sada, Jesús J. Llaguno, ingeniero Bernardo Elosúa, Lic. Ricardo Margáin Zozaya, ingeniero Armando Ravizé, ingeniero Víctor Bravo Ahuja, ingeniero José Emilio Amores, Lic. Virgilio Garza Jr. En la ceremonia el arquitecto Basave recibió un pergamino en el que se anota la histórica sesión del consejo de directores del Tecnológico aceptando la donación de la colección de autógrafos.

Anoche en el Casino de Monterrey los directivos del Tecnológico ofrecieron una recepción en honor del arquitecto Basave, con ese mismo motivo.

Jueves 31 de Mayo de 1956.

El Arq. Agustín Basave

Donó su colección de autógrafos famosos a — la Biblioteca del Instituto Tecnológico —



El amplio salón auditorio del suntuoso edificio de la biblioteca del Tecnológico, resultó insuficiente para dar cabida a las numerosas personas que asistieron al homenaje que el Instituto Tecnológico rindió al arquitecto Agustín Basave, en testimonio de gratitud por la donación que hizo al plantel de la valiosa colección de autógrafos de celebridades mundiales.



En el presidium del acto se encontraban rodeando al arquitecto Agustín Basave, los señores Eugenio Garza Sada, Jesús Llaguno, Ing. Armando Ravizé y Lic. Ricardo Margáin Zozaya.

Discurso del Arq. Basave



En el presidium del acto se encontraban rodeando al arquitecto Agustín Basave, los señores Eugenio Garza Sada, Jesús Llaguno, Ing. Armando Ravizé y Lic. Ricardo Margáin Zozaya.

Discurso del Arq. Basave

Señoras, señores, amigos míos:

En esta ocasión, tan grata para mí, se me ha pedido que diga a ustedes cómo fui formando la colección de autógrafos que aquí se exhibe hoy. Lo haré brevemente. Comienzo por declararlo, para la tranquilidad del auditorio.

Este es un tema de Historia de Antigüedad, pues los comienzos de la referida colección, datan de unos cuarenta años atrás. Ya es fecha! Me vino la idea de ir juntando cartas, retratos, libros, fotos y otras cosas semejantes, cuando un ilustre escritor, Pierre Loti, se dignó acusarme recibo de un artículo que publiqué sobre su obra. Una tarjeta suya, con un renglón manuscrito y un ejemplar de su "Jerusalén" con la correspondiente dedicatoria, me transportaron al quinto cielo y formaron la piedra angular del conjunto que hoy incluye más de mil quinientas piezas.

Desde entonces y gracias a los contactos que, por diversas circunstancias, logré establecer con intelectuales y artistas, con algunos de los cuales me relacioné estrechamente, la colección fue creciendo y, con ella, mi satisfacción paternal. Muy particularmente debo mencionar a quienes, al principio más me ayudaron en la adquisición de autógrafos: en primer lugar, a mi hermano mayor, muy relacionado con gentes de letras; a su suegro, el Lic. López Portillo y Rojas, Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, en aquel entonces; a Victoriano Salgado Alvarez, don Luis González Obregón, Enrique González Martínez y Genaro Estrada: excelentes amigos míos; todos ellos desaparecidos, quienes me dieron muchos motivos de agradecimiento, al proporcionarme la mayor parte de los autógrafos de poetas, novelistas, historiadores y otros letrados mexicanos de los últimos cien años.

Algunos de los mejores papeles que están aquí expuestos, me fueron cedidos por el Lic. Benjamín Barrios, en París. El había sido Director de "América Latina" revista aliadófila que se publicó en Londres durante la primera guerra mundial. Conservaba, en gran parte, el archivo de la publicación mencionada y de allí obtuve las cuartillas de un discurso patriótico del insigne Maeterlinck, escritas de su puño y letra; los cablegramas de Echegaray y Pérez Galdós a Carranza y Huerta, pidiendo la paz de México; de allí saqué también las palabras con que Carton de Wiart, en nombre de Bélgica, negó el permiso de pasar por su patria, a los alemanes que iban a atacar a Francia.

Por supuesto, no todos los autógrafos de la que fue mi colección, me cayeron como llovidos del cielo. Algunos hubo que compré cuando la oportunidad se me hizo ventajosa. En una ocasión, por cierto, tuve una agradable sorpresa: un anticuario me fue a vender un expediente lleno de sellos reales, en una de cuyas primeras hojas, estaba la firma del Virrey Duque de Alburquerque. Convinimos en el precio —cincuenta de los hermosos pesos de aquellos tiempos— y cuando me puse a revisar mi adquisición, me encontré de manos a boca nada menos que con la firma de Felipe V y su sello. Ni el vendedor ni yo, en el momento de la operación, advertimos el "Yo el Rey" que me hubiera encandilado y hecho pagar bastante más por el expediente. También compré, en buenas condiciones, casi todos los autógrafos de los héroes de la Independencia: Abasolo, Rayón, don Guadalupe Victoria y otros. Digo que casi todos, pues las cartas del Padre Mier las obtuve aquí, como compensación a un trabajo de avalúo y clasificación que hace años hice de la biblioteca de Gonzalitos y el magnífico documento manuscrito del Cura Don José María Morelos y Pavón, me fue regalado por una persona de mi amistad y mi alto aprecio.

Es claro que tales adquisiciones fueron de las más agradables; pero también tuve algunos sinsabores en mi larga vida de coleccionista: uno, el que sentí al devolver determinadas piezas que compré y que resultaron sustraídas de una biblioteca oficial; otro, cuando un experto a quien mostré un manuscrito de Don Juan Ruiz de Alarcón del que yo estaba muy orgulloso, me aseguró que no era auténtico. Con eso se me fue el gozo al pozo, como suele decirse.

Al correr los años, la colección fue aumentando y debido a tantos afluentes amistosos, el caudal creció hasta aproximarse a un millar de piezas. Ya dije que mi satisfacción iba creciendo paralelamente. Cada nuevo autógrafo me causaba un placer que no ha de diferenciarse mucho del que experimenta el avaro al ver crecer su capital. Creo que en el espíritu del coleccionista hay una buena dosis de esa condición ahorradora que el Santo de Asís aborrecía en la hormiga. Quien junta porcelanas o cuadros, por ejemplo, más que con la belleza de los objetos, goza con la idea de la posesión. Así un bibliófilo a quien conocí: era dueño de ediciones raras, de obras maravillosamente empastadas, de ejemplares "princeps" y hasta de un "Elzevir" que era la más preciada joya de su colección. Cuando dicho bibliófilo me mostró sus tesoros, la emoción le hacía temblar las manos y la voz; pero nunca los leía. Sólo le interesaban como piezas de museo y más aún, por sentir que era su dueño.

La sección de fotografías autografiadas de la colección es, quizás lo más precioso que contiene. Por su cuantía y su calidad, saldría airoosamente después de ser comparada con no importa qué conjunto semejante, nacional o extranjero. Consta de unos quinientos retratos, firmados todos ellos, e incluye, con muy pocas fallas, lo que de más granado tiene el mundo contemporáneo: soberanos y otros jefes de Estado en número que se aproxima a la centena; una buena parte del Sacro Colegio Cardenalicio; no menos de cincuenta agraciados con el Premio Nobel; académicos de España y Francia; los novelistas más conspicuos del mundo actual; los políticos y los militares cuyos nombres han venido ocupando las primeras planas de todos los diarios del mundo, en los últimos diez años; compositores, ejecutantes, poetas, novelistas, historiadores; los más prestigiados directores de orquesta, los mayores artistas europeos y americanos; en una palabra, cuantos se han distinguido en la actualidad, por sus luces o por su poder.

Me extendería demasiado y seguramente, terminaría por ser tedioso, si me pusiera a detallar las excelencias de este sector de la colección que, no debí tanto a mi iniciativa, cuanto a mi puesto de director de "El Norte", diario en el cual han venido apareciendo las biografías y los retratos de las celebridades mundiales contemporáneas.

Grandes y numerosas satisfacciones me ha proporcionado la colección a que me he venido refiriendo; pero ninguna de ellas es mayor que la de haberla cedido a una institución de la ciudad que tan generosamente me acogió y con la cual me he identificado, sin olvidar por ello a la mía; de la ciudad donde se han educado mis hijos y nacido mis nietos y uno de cuyos mayores timbres de gloria es, precisamente, haber dado ser a este ejemplar plantel de enseñanza y, lo que es más, de educación.

No quiero terminar, sin dar las gracias al cuerpo de directores del Instituto, por la gentileza que han tenido para conmigo. No es el caso suyo, el de mostrar agradecimiento. Sí es, el mío, el de hacer patentes mi amistad y mi simpatía a quienes así me honran; y a Monterrey, en general, por haberme hecho sentir en casa, desde que aquí finqué la mía.



Profr. Pedro Reyes Velázquez
... siempre he admirado en
el Maestro Basave el don de
comunicación, el equilibrio y el
patriotismo...

Brillante acto en la entrega de documentos

La "Colección de Autógrafos Arq. Agustín Basave", tesón, esfuerzo y dedicación por más de cuarenta años de su autor, integrada por más de mil quinientas piezas, está desde ayer a disposición de los investigadores y de la juventud estudiosa de México en la Biblioteca del Instituto Tecnológico, junto a las colecciones de Historia de México Salvador Ugarte y Pedro Robledo y a las colecciones Cervantina Carlos Prieto y de Literatura y Filosofía Alfonso Méndez Plancarte. Bello y ejemplar gesto de generosidad, de cariño para el Tecnológico y de confianza en la juventud estudiosa ha tenido el maestro Basave para desprenderse de esta valiosa colección de documentos, gráficas y autógrafos de celebridades mundiales que le llevó el formarlas más de cuarenta años y que le costó desvelos, sacrificios e inquietudes.

Para testimoniar la sincera gratitud y el eterno reconocimiento a ésa su valiosa donación, los directivos del Instituto Tecnológico efectuaron ayer por la tarde en uno de los salones auditorios del suntuoso edificio de la biblioteca, una sencilla pero significativa ceremonia a la que concurrieron los miembros del Consejo de Directores del Tecnológico, señores Eugenio Garza Sada, Rómulo Garza, Jesús J. Llaguno, Lic. Ricardo Margáin Zozaya, ingeniero Armando Ravizé, Ing. Víctor Bravo Ahuja, Ing. José Emilio Amores, Jesús J. Llaguno, Lic. Virgilio Garza Jr., ingeniero Bernardo Elosúa y profesor Pedro Reyes Velázquez, este último, maestro de ceremonias.

El ofrecimiento del homenaje lo hizo el licenciado Virgilio Garza Jr., quien empezó diciendo que si el consejo de directores no le hubiesen designado para testimoniar la gratitud del plantel al arquitecto Basave, como ocurrió, él hubiera reclamado ese privilegio arguyendo la amistad que le liga con el homenajeado desde el tiempo en que cultivaba amistad con su padre, el Lic. Virgilio Garza Sr. El orador hizo reminiscencias de cuando llegó el arquitecto Basave de Guadalajara, Jalisco, y de cómo logró identificarse rápidamente en la ciudad al través de sus extraordinarias cualidades de maestro de arquitectura, literatura y otras asignaturas, además de su extraordinario don de hacer amistades por doquier, etc.

Con su valiosa donación, dijo el licenciado Garza Jr., el arquitecto Basave ha confirmado una vez más su entrañable cariño por el Tecnológico con el cual ha estado en estrecho contacto desde su fundación. Es más, agregó, al dar su valiosa colección de autógrafos al Tecnológico, no la ha perdido, sino que la ha entregado a México, poniéndola en depósito en la biblioteca del plantel a disposición de la juventud estudiosa y de los investigadores.

Breves, pero conceptuosas frases tuvo el profesor Pedro Reyes Velázquez para su maestro el arquitecto Basave al referirse a sus extraordinarias dotes de maestro y de excelente amigo, dando a conocer sus antecedentes culturales y las distinciones de que ha sido objeto, explicando su don de comunicación, equilibrio y patriotismo. El homenajeado relató la forma como se originó su dedicación a coleccionar autógrafos de personalidades mundiales y todas las vicisitudes por las que ha atravesado en su tarea de cuarenta años.

Al final del acto el Lic. Virgilio Garza Jr., hizo entrega al arquitecto Agustín Basave de un pergamino en el que aparecía el histórico acuerdo del Consejo de Directores del Tecnológico, aceptando la donación del arquitecto Basave. A continuación los asistentes pasaron al tercer piso de la biblioteca a visitar esa valiosa colección que consta de más de mil quinientas piezas.

Entre los asistentes al acto se encontraban los señores Isaac Garza Sada, José Pérez Maldonado, Diego G. Sada, licenciado Alfonso González Segovia, Ing. Elliot Camareta, licenciado Luis Astey, profesor Joel Rocha, profesor Maurice Rey, Lic. Abelardo A. Leal Jr., Subdirector de "El Norte", Salvador Martínez Cairo, C. P. T. Rodrigo J. García, Francisco Treviño, Federico Gómez, licenciado Emilio Guzmán Lozano, la señora Margarita Fernández del Valle de Basave, esposa del homenajeado, el doctor Agustín Basave Fernández del Valle, su esposa la señora Emilia Benítez de Basave y otras distinguidas personas.

Por la noche, en el Casino de Monterrey se sirvió un exquisito banquete en honor del arquitecto Basave, asistiendo los directivos y funcionarios del Tecnológico.



Lic. Virgilio Garza Jr.
... el Tecnológico no recibe
como propietario esta valiosa
colección de autógrafos, sino
que en carácter fiduciario la
pondrá a disposición de la ju-
ventud estudiosa de México...

Hogar Feliz

Los estimables esposos señor Don Heriberto Cárdenas y señora María Herrera de Cárdenas, se encuentran de plácemes por el venturoso nacimiento de una hermosa nita, que con toda felicidad vino al mundo el día 31 de mayo próximo pasado. El grato acontecimiento tuvo lugar en la Maternidad Conchita y tanto la feliz mamá como su linda heredera, se encuentran disfrutando de salud inmejorable.

Por tan grato acontecimiento, los esposos Cárdenas-Herrera, han estado recibiendo infinidad de congratulaciones por este feliz arribo de su segundo vástago, que en fecha muy próxima, será llevada a recibir el primer sacramento.

Señoras, señores, amigos míos:

En esta ocasión, tan grata para mí, se me ha pedido que diga a ustedes cómo fui formando la colección de autógrafos que aquí se exhibe hoy. Lo haré brevemente. Comienzo por declararlo, para la tranquilidad del auditorio.

Este es un tema de Historia de Antigüedad, pues los comienzos de la referida colección, datan de unos cuarenta años atrás. Ya es fecha! Me vino la idea de ir juntando cartas, retratos, libros, fotos y otras cosas semejantes, cuando un ilustre escritor, Pierre Loti, se dignó acusarme recibo de un artículo que publiqué sobre su obra. Una tarjeta suya, con un renglón manuscrito y un ejemplar de su "Jerusalén" con la correspondiente dedicatoria, me transportaron al quinto cielo y formaron la piedra angular del conjunto que hoy incluye más de mil quinientas piezas.

Desde entonces y gracias a los contactos que, por diversas circunstancias, logré establecer con intelectuales y artistas, con algunos de los cuales me relacioné estrechamente, la colección fue creciendo y, con ella, mi satisfacción paternal. Muy particularmente debo mencionar a quienes, al principio más me ayudaron en la adquisición de autógrafos: en primer lugar, a mi hermano mayor, muy relacionado con gentes de letras; a su suegro, el Lic. López Portillo y Rojas, Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua, en aquel entonces; a Victoriano Salado Alvarez, don Luis González Obregón, Enrique González Martínez y Genaro Estrada: excelentes amigos míos; todos ellos desaparecidos, quienes me dieron muchos motivos de agradecimiento, al proporcionarme la mayor parte de los autógrafos de poetas, novelistas, historiadores y otros letrados mexicanos de los últimos cien años.

Algunos de los mejores papeles que están aquí expuestos, me fueron cedidos por el Lic. Benjamín Barrios, en París. El había sido Director de "América Latina" revista aliadófila que se publicó en Londres durante la primera guerra mundial. Conservaba, en gran parte, el archivo de la publicación mencionada y de allí obtuve las cuartillas de un discurso patriótico del insigne Maeterlinck, escritas de su puño y letra; los cablegramas de Echegaray y Pérez Galdós a Carranza y Huerta, pidiendo la paz de México; de allí saqué también las palabras con que Carton de Wiart, en nombre de Bélgica, negó el permiso de pasar por su patria, a los alemanes que iban a atacar a Francia.

Por supuesto, no todos los autógrafos de la que fue mi colección, me cayeron como llovidos del cielo. Algunos hubo que compré cuando la oportunidad se me hizo ventajosa. En una ocasión, por cierto, tuve una agradable sorpresa: un anticuario me fue a vender un expediente lleno de sellos reales, en una de cuyas primeras hojas, estaba la firma del Virrey Duque de Alburquerque. Convinimos en el precio — cincuenta de los hermosos pesos de aquellos tiempos — y cuando me puse a revisar mi adquisición, me encontré de manos a boca nada menos que con la firma de Felipe V y su sello: Ni el vendedor ni yo, en el momento de la operación, advertimos el "Yo el Rey" que me hubiera encandilado y hecho pagar bastante más por el expediente. También compré, en buenas condiciones, casi todos los autógrafos de los héroes de la Independencia: Abasolo, Rayón, don Guadalupe Victoria y otros. Digo que casi todos, pues las cartas del Padre Mier las obtuve aquí, como compensación a un trabajo de avalúo y clasificación que hace años hice de la biblioteca de Gonzalitos y el magnífico documento manuscrito del Cura Don José María Morelos y Pavón, me fue regalado por una persona de mi amistad y mi alto aprecio.

Es claro que tales adquisiciones fueron de las más agradables; pero también tuve algunos sinsabores en mi larga vida de coleccionista: uno, el que sentí al devolver determinadas piezas que compré y que resultaron sustraídas de una biblioteca oficial; otro, cuando un experto a quien mostré un manuscrito de Don Juan Ruiz de Alarcón del que yo estaba muy orgulloso, me aseguró que no era auténtico. Con eso se me fue el gozo al pozo, como suele decirse.

Al correr los años, la colección fue aumentando y debido a tantos afluentes amistosos, el caudal creció hasta aproximarse a un millar de piezas. Ya dije que mi satisfacción iba creciendo paralelamente. Cada nuevo autógrafo me causaba un placer que no ha de diferenciarse mucho del que experimenta el avaro al ver crecer su capital. Creo que en el espíritu del coleccionista hay una buena dosis de esa condición ahorradora que el Santo de Asís aborrecía en la hormiga. Quien junta porcelanas o cuadros, por ejemplo, más que con la belleza de los objetos, goza con la idea de la posesión. Así un bibliófilo a quien conocí: era dueño de ediciones raras, de obras maravillosamente empastadas, de ejemplares "princeps" y hasta de un "Elzevir" que era la más preciada joya de su colección. Cuando dicho bibliófilo me mostró sus tesoros, la emoción le hacía temblar las manos y la voz; pero nunca los leía. Sólo le interesaban como piezas de museo y más aún, por sentir que era su dueño.